EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

SESENTON CALAVERON

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito por

D. BRUNO GÜELL



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, Editor
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón*)
OFICINAS: POZAS, 4, 2.º
1900

SESENTON CALAVERON

SESENTON CALAVERON

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito por

D. BRUNO GÜELL

Estrenado en el TEATRO GRANVÍA de Barcelona



BARCELONA

TIP. DE MANUEL TASIS, TALLERS, 6, 8 Y 10

1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA	Sra. Castillo.
TIBURCIA	» Llorens.
D. CELESTE	Sr. Güell.
EMILIO	» Montero.
ANTONIO	» Martínez.

Epoca actual. Derecha é izquierda del actor

Los materiales de orquesta de las obras de D. Bruno Güell, pueden pedirse á D. Florencio Fiscowich, ó al autor.

ACTO ÚNICO

Sala elegante, puertas laterales y al foro. Una ventana derecha segundo término, chimenea, espejo, velador, reloj, etc,

ESCENA PRIMERA

D. CELESTE Y TIBURCIA

(D. Celeste entona la canción del pajarito de la zarzuela «Vuelta del Vivero», mientras se arregla frente del espejo)

D. CEL. Pajarito mío... ¿Eh... quién anda ahí?...

TIBUR. Soy yo señor don Celeste.

D. CEL. Ola, celestial portera... Adelante. (Tiburcia entra con una cesta llena de botellas y fiambres)

TIBUR. Aquí traigo el vino...

D. CEL. Perfectamente; vino y... libertad. (Canta.) «Es el vino moscatel...» (Transición) ¿Cuánto cuesta, cuánto cuesta?

TIBUR. Ocho botellas á tres pesetas, pues son...

D. CEL. Tres veces ocho... Deme usted la corbata.

TIBUR. Voy señor.

D. CEL. Colóquemela usted en su sitio. (Tiburcia lo hace. D. Celeste canta.) «Libertad, libertad sacrosanta.» (Aparte.) Esta portera es aún muy apetitosa. Tiene un cogote que ni un canónigo. (La pellizca.)



TIBUR. Señor... qué hace usted... que pellizco.

D. CEL. No me había apercibido. Dispensa. ¿Has traído los fiambres?

TIBUR. Y que no huélen bien que digamos. Huela usted, huela usted.

D. CEL. Exquisitos. Perfume encantador. Si el amigo Petrales no queda contento de mi cooperación á su obra, digo que no tiene vergüenza... (Transición.) ¿Hace frío hoy? ¿hace frío?

TIBUR. ¿Hombre, en Agosto?

D. CEL. Justo... es verdad. Ya veo, excelente Tiburcia que es usted una magnífica portera... Voy á estenderla el nombramiento definitivo de camarera *única* y *exclusiva* de mi señoría independiente...
(Canta.) «El buey suelto bien se lame...»

TIBUR. Y bien que lo necesita usted. ¿Cómo andará usted de calcetines?

D. CEL. Estropeado hija, estropeado.

TIBUR. Como todo hombre soltero.

D. CEL. Qué, ¿soltero? Viudo... Tiburcia, viudo... hace quince años, y además padre... es decir, expadre de una hija.

TIBUR. Qué, se ha muerto, ¡pobrecita!

D. CEL. ¡Un cuerno!... No señora, viva y muy viva...

TIBUR. ¡Ah!... yo que sé; ocho días que estoy en la casa...

D. CEL. Estos precisamente hace que me jubilaron de padre.

TIBUR. No conozco esta jubilación... Y esto que estoy en clases pasivas...

D. CEL. Pues muy sencillo. Que hace ocho días terminé mi misión de *sereno;* digo de padre, porque casé mi hija...

TIBUR. Ah... vamos...

D. CEL. Ah... vamos... vamos, abrócheme usted esos puños...

TIBUR. Voy señor... (Lo hace.)

D. CEL. Y cuanto almidón...
(Cantando.) «Estos son los calzones del señorito...»
(Lo dicho. Esta portera es tentadora.)
(Pellizco.)

TIBUR. Señor... que no le abrocho si no está usted quieto...

D. CEL. Tienes razón... No me había apercibido. Abrocha, abrocha...

TIBUR. ¿Conque casó usted su hija?

D. CEL. Con un millonario, joven y guapo... Al fin pude descargarme... Digo no, al fin llegué al día más feliz para un padre... porque usted no puede figurarse que felicidad es casar una hija... cómo puede usted figurarse! (Transición.) ¿Usted ha sido padre alguna vez?

TIBUR. (Gravedad.) Yo he sido madre...

D. CEL. Ah, si es verdad, usted debe de haber sido madre; pero no; para saber lo que yo digo es necesario haber sido padre, y padre viudo... padre mártir...

TIBUR. ¿Mártir?

D. CEL. Claro... No ve usted que un padre viudo no es como una madre... porque no puede dormirse...

TIBUR. Tiene guasa...

D. CEL. Lo que tiene es mortificación... Duérmase usted con una hija de dieciocho años, teniendo al lado un novio millonario, joven y guapo. Traígame el chaleco... eso es...

TIBUR. Ahora el frac...

D. CEL. Que frac... Si tengo que irme con esta cesta.,.

TIBUR. Si estaba aquí preparado.

D. CEL. Ah, es verdad... Como tenía que ir á ver al ministro por una recomendación que me hizo mi yerno. Y debo de ir... Pero, ¿y la invitación de mi amigo Petrales? Nada, nada, primero es la obligación... que los afectos paternales... Al fin soy libre, gocemos de esta libertad... Venga la cazadora... eso... y el sombrero cordobés... así... ¿qué tal? A gozar... á vivir... Bastantes años ejercí de padre viudo... hoy es la primera vez que vuelvo á mi anhelada independencia.
(Cantando.) «Viva, viva la independencia.»

TIBUR. ¿Qué? ¿Va usted á salir?

D. CEL. ¿Que si voy á salir?... Pregunte usted cuán-

do volveré á entrar. Salimos yo, y las botellas, y los fiambres, y las ilusiones.

TIBUR. Pero señor, que locura...

D. CEL. Es verdad... Toma; de gozo te pellizco... (Lo hace.)

TIBUR. Que manía tiene usted con las carnes ajenas.

D. CEL. Tienes razón, no me había apercibido... Anda ve á buscarme un coche que me conduzca á la estación del Norte...

TIBUR. Voy volando.

D. CEL. Sí, vuela, vuela... y te daré en volviendo dos pellizquitos de propina.

ESCENA II

DON CELESTE, solo

¡Ah! ¡ah! quién estuviera ya en el Escorial... Al fin me veo libre como el gorrión... Repasaré otra vez la cartita de mi amigo. «Mi pillín amigo.» Pillín... cómo me conoce. «Te he tolerado que pasases aún ocho «días en tu habitual esclavitud para que «encontraras después más sabrosa tu pri«mera embestida de libertad. Rompe tus «cadenas y vuela á mi lado, donde te espe«ra la aureola de libertad y donde te espe«ran una opípara mesa y unas opíparas «modistas amigas mías y amigas de la «juerga!...» ¡Sopla, sopla! media docena de modistas... Añadiré media docena más de botellas... Las nueve... y diez... aun podré alcanzar el tren de las once... Oigo pasos... será Tiburcia... sí, ella es.

ESCENA III

D. CELESTE Y TIBURCIA

TIBUR. El coche espera.

D. CEL. Pues andando. (Coje la cesta y se dispone á salir.)

TIBUR. ¡Ah! Me se olvidaba... Un joven muy preocupado y muy pálido desea ver á usted. Aquí está su tarjeta.

D. Cel. «Antonio Sedoso...» (Deja caer la cesta.) Cayóse la casa á cuestas. Pero no podías decir que no estaba en casa...

Tibur. Pero si yo...

D. Cel. Toma imbécil. (Pellizco.)

Tibur. Ay, ay, señor.

D. Cel. Dispensa no me había apercibido... Pero debías haber dicho que no estaba en casa.

Tibur. Bueno, voy y le diré que usted me ha dicho que no estaba en casa.

ESCENA IV

DICHOS Y ANTONIO

Anto. No es necesario...

D. Cel. Si ya lo vemos. No es necesario.

Anto. Señor don Celeste...

D. Cel. Verá usted... Supongo al ver esta cara de funeraria que trae usted, que viene por algo... pero yo no puedo detenerme; me espera el coche... me espera la estación... y me espera...

Anto. El tren, me lo figuro.

D. Cel. No, canastos; el tren no espera á nadie; á las once sale y...

Anto. Bueno; saldrá en el de las doce.

D. Cel. Saldré en el que me dé la gana.

Anto. (Haga usted que nos quedemos solos...)

D. Cel. (Pero el tren...)

Anto. (Que nos quedemos solos.)

D. Cel. (A Tiburcia.) Pues vea usted que se hace para que quedemos solos. (Tiburcia se va.) Que inteligente es esta portera; sabía lo que debía hacer para dejarnos solos...

ESCENA V

D. CELESTE Y ANTONIO

Escena muda. Antonio se enjuga los ojos. Suspira fuerte; se sienta; invita á D. Celeste á que lo haga; éste lo hace, y cuando se dispone á hablar D. Celeste le interrumpe, va á la ventana y dice:)

D. Cel. Aguarde usted, cochero, que me he queda-

do solo con un caballero, y cuando esté solo del todo, bajaré y me arrastrará usted. (Vuelve á sentarse.) Ahora diga usted.

ANTO. ¡Ay caballero! ¡¡¡me ha causado mucho mal!!!

D. CEL. Canasto, si no he pellizcado sino á la portera... Digo,.. no...

ANTO. Llegué de madrugada de un largo viaje; volé á su antiguo domicilio... y...

D. CEL. Encontró usted que yo había volado.

ANTO. Pregunto... me contestan.

D. CEL. Es natural.

ANTO. Me cuentan, y sé...

D. CEL. Lo que no sabía aún. Claro.

ANTO. Sé... ¡¡¡Horrible destino!!!

D. CEL. (Con voz cavernosa.) Hombre, que entonación más melodramática...

ANTO. ¡¡¡Sé que aquella morada era habitada por su hija y por su yerno!!!... Oh fatalidad. (Con la voz cavernosa.)

D. CEL. Hombre, ha puesto usted una voz como un fagot.

ANTO. Figúrese usted lo que me ha impresionado la noticia...

D. CEL. Pero hombre, si esto es más antiguo que el comer... (A que no voy á llegar á tiempo...) (mirando el reloj.) Caballero, con su permiso...

ANTO. He aquí el motivo de mi visita.

D. CEL. Bueno, gracias. Quería usted saber donde vivía, ya lo sabe usted, ahora me marcho.

ANTO. Usted se queda...

D. CEL. Caballero...

ANTO. Usted se queda.

D. CEL. (¿A que le pellizco á ese?...)

ANTO. ¿Conque ha casado usted á su hija; conque tiene usted yerno; conque es usted suegro?...

D. CEL. Sí, señor; ya soy suegro... gracias á Dios, y voy ahora á pasar un día con las modistas.

ANTO. ¿Con las modistas?...

D. CEL. Si... no... sí, con las que le hicieron la canastilla de boda, y á pagarles su trabajo...

ANTO. ¡¡Ah, don Celeste... Ah, don Celeste!!... que ingratitud. Casar á su hija, mientras yo en

remotas tierras ganaba una fortuna que hoy venía á poner á sus piés, mientras le daba mi mano de esposo... casarla estando yo ausente...

D. CEL. Hombre, no haberse marchado.

ANTO. ¿Y la fortuna? yo debía ir á buscar la fortuna.

D. CEL. ¿Y la trae usted?

ANTO. Inmensa, don Celeste, inmensa... Tres veces millonario.

D. CEL. Pues haber venido antes, canario. En fin, que usted se alivie... y adios; tengo prisa.

ANTO. (Tira una silla al suelo.) Oh padre tirano.

D. CEL. Caballero...

ANTO. Ha quebrado usted mi existencia.

D. CEL. Y usted me va á quebrar las sillas... Hombre, que culpa tienen los muebles del retardo de usted... vaya, beso á usted la mano. Servidor de usted; reconózcame por un amigo. Y van á dar las once... y soy de usted afectísimo... y se me escapa el tren... y se me escapa y...

ESCENA VI

DICHOS Y EMILIA

EMI. Buenos días, papá.

D. CEL. Adiós Madrid...

ANTO. Ella.... Oh felicidad. (Se esconde un poco.)

EMI. Qué, ¿estás de marcha?

D. CEL. Sí, te diré... Hay un hotelito en venta, aquí en un pueblecito inmediato, y...

EMI. ¡¡Ay, papá!!

D. CEL. ¿Eh? ¿Qué es eso?

EMI. Tú no puedes adivinar. Soy muy desgraciada, desgraciadísima.

ANTO. (Presentándose.) Y usted tiene la culpa de sus desgracias.

EMI. ¡Cielos! ¡¡Antonio!!

D. CEL. Hombre, quiere usted no meterse en camisas de once varas.

EMI. ¡¡Antonio!! ¡¡Antonio!!

ANTO. Sí; el mismo que usted ha sacrificado; yo que por usted...

D. CEL. Bueno, bueno; basta de sentimentalismos y al grano; cuéntame lo que te pasa.

EMI. (Turbada por la presencia de Antonio.) Lo que me pasa... si no es... nada papá...

D. CEL. ¿Ahora salimos con esas?...

ANTO. Sí, señorita, sí; usted padece. Usted sufre; usted llora ocultamente, porque yo lo veo, porque yo lo siento aquí... en el corazón.

D. CEL. (Y yo te siento ya á ti, aquí en la boca del estómago.)

ANTO. Usted tiene penas; usted tiene dolor; usted tiene desventuras con su marido.

D. CEL. Hombre, que empeño.

ANTO. Es desgraciada, lo ve usted, es desgraciada...

EMI. Al contrario... soy dichosa, completamente dichosa...

D. CEL. ¿Oye usted? No dirá que se lo he hecho decir...

ANTO. Disimula. No dice la verdad...

D. CEL. (Si no que hay una cacharrería debajo, lo tiraba por el balcón.)

ANTO. Ah señorita, usted ha labrado nuestra común y eterna desventura.

D. CEL. Basta.., En uso de las facultades que me conceden los artículos de padre-viudo, tengo el honor de poner á usted de patitas en la calle.

ANTO. ¡¡Qué humillación!! ¡Está bien! por consideración á esta señorita, me retiro... pero... nos volveremos á ver.

D. CEL. Bueno, pero tarde usted.

ANTO. Adiós, Emilia... Nos volveremos á ver.

ESCENA VII

D. CELESTE Y EMILIA

D. CEL. ¡Habrá moscón! has conocido en tu vida un ente más extraordinario. Pero, ¿qué es eso? ¿Pucheros?

EMI. ¡Ay padre! ¡¡Soy muy desgraciada!!

D. CEL. Pero si hace un momento decías...

EMI. No he querido que Antonio...

D. CEL. Bueno... ¿es que tu esposo?...

EMI. Es un mónstruo.

D. CEL. Temprano empezamos.

EMI. Y no quiero vivir ni un minuto con semejante tirano.

D. CEL. Pero criatura... ¡Vaya, la primera nube!... como tu madre...

EMI. ¿Por qué me has casado con él?

D. CEL. ¡Uy!... No me cargues ese muerto. ¿Acaso no ha sido elección tuya?

EMI. Es que tenías la obligación de no dejarme elegir.

D. CEL. Vaya, vaya, vaya... ¿No me digiste que te morías si no te casabas con él?...

EMI. Era preferible que me dejaras morir entonces de un golpe, que no ahora lentamente...

D. CEL. Pero si ayer estábais como dos pichones sin pluma...

EMI. Pues hoy nos odíamos á muerte.

D. CEL. Son odios amorosos.

EMI. Irreconciliables. Es un miserable, un hipócrita.

D. CEL. Todo es cariño, exceso de cariño.

EMI. Tú me has sacrificado.

D. CEL. Dale bola...

EMI. Sí, porque los dieciocho años son irreflexivos, y tú que eres padre, que eres anciano, debías conocer que Emilio no me convenía.

D. CEL. Hombre, hombre; á que resulta que habré perdido al casar á mi hija.

EMI. No me cabe duda que Antonio no hubiera sido tan tirano. Debías obligarme á que me casara con Antonio.

D. CEL. Pero si esto pertenece ya á la historia y no viene á cuento. Vamos, vamos á casita, á casita con tu maridito, y se acabó.

EMI. Jamás, jamás y jamás. Le detesto, le odio, le abomino; nunca más volveré á su lado.

D. CEL. Bueno; ¡¡pues estamos avisados!! (*Viendo aparecer á Emilio.* (Adiós, la gorda. Su marido.)

ESCENA VIII

DICHOS Y EMILIO

EMILIO. Presente.
D. CEL. Hombre pareces un quinto.
EMI. Yo me marcho.
EMILIO. Usted se queda, señora. Necesito una explicación.
EMI. Pues no quiero satisfacerle á usted.
EMILIO. ¿Se convence usted ahora, papá-suegro?
EMI. No se convenza aún...
EMILIO. Es que yo tengo derechos...
EMI. Y deberes...
EMILIO. Y no cedo...
EMI. Y á mí qué.
EMILIO. Señora...
EMI. Caballero...
D. CEL. Bueno, bueno, basta. Quizá una mala interpretación. (Veamos si se arregla á escape y atrapo al menos el treu de las doce.) Tú primero. Expón tus quejas.
EMI. Pues son gravísimas.
EMILIO. Niego.
D. CEL. Silencio... Deja que hable ella...
EMI. Pues me quejo en primer lugar, de que este caballero, no conoce ni los rudimentos de galantería, y usted sabe perfectamente, que sin esta cualidad, para nada sirve un marido. (Aparece Antonio, y al ver los personajes en escena, se oculta entre las cortinas del foro.)

ESCENA IX

DICHOS Y ANTONIO

ANTO. (¡Ah! Su marido... Escuchemos.)
D. CEL. Bueno, y en qué fundas la acusación.
EMILIO. Se lo diré yo. En que me he negado á com-

prarle un Bebé, que estaba expuesto en los escaparates del Bazar X.

EMI. Y ya ves, tú papá, que un marido que á los ocho días de casado, niega un *Bebé* á su mujer, no tiene perdón de Dios.

ANTO. (Esta es la mía. A escape.)

ESCENA X

DICHOS MENOS ANTONIO

D. CEL. Bueno; pues anda, cómpraselo y se terminó el asunto.

EMILIO. Pero si ya tiene cinco... Y además, todos estos dispendios en chucherías, caen como plomo sobre mí conciencia... porque es dinero que les robamos á nuestros hijos.

EMI. ¿A qué hijos?

EMILIO. A los que tendremos, señora.

EMI. Es que no los tendremos, caballero.

D. CEL. ¡Eh, eh, eh! alto; por esto no paso... quién sabe, quién sabe!!

EMILIO. Vamos, pues todo se ha concluído.

EMI. ¿Todo, todo?... pues no señor. (¡Tengo que hacerte rabiar un poco!) Y para que sepa lo que me aburre su presencia le dejo aquí solo con papá... Reflexionen los dos un par de horas sobre el particular y ya veremos.

ESCENA XI

D. CELESTE Y EMILIO

D. CEL. (¡Canastos! Un par de horitas. A buena hora me reuno con las modistillas...)

EMILIO. Y bien, que dice usted á esto, papá-suegro.

D. CEL. Que te culpo á ti de todo...

EMILIO. ¿A mí, por qué?

D. CEL. Te parece poco, que por tu intemperancia,

hayas obligado á mi hija á que viniera á mi casa. ¡Y hoy, precisamente hoy!!...

EMILIO. Pero escuche usted.

D. CEL. (Y el cochero esperando.) (A la ventana.) Un poco de paciencia cochero, que tengo que arreglar un matrimonio. Si no está; se marchó. Hacerme desgraciada á una cándida niña que he confiado á tu hidalguía... A una tierna gacela... Oye, sabes dónde venden Jerez extra...

EMILIO. Papá-suegro...

D. CEL. Abusar así de la inocencia...

EMILIO. No, señor; soy su marido, y puedo...

D. CEL. Y yo soy su padre, y debo...

EMILIO. ¿Su padre?...

D. CEL. Sí, señor... tendría que ver que pusiera usted en tela de juicio este aserto...

EMILIO. De ninguna manera, pero no para que me dé lecciones.

D. CEL. ¿Y por qué no? Yo he sido casado antes que usted y antes que mi hija.

EMILIO. Vaya una noticia...

D. CEL. ¡Demonio, las doce y cuarto!... Bueno, no divaguemos y busque usted el medio de precipitar la reconciliación.

EMILIO. Pues muy sencillo; márchese usted.

D. CEL. De perilla...

EMILIO. Vaya usted á ver al ministro para la recomendación que le pedí, y vuelva, que ya verá usted como estamos reconciliados.

D. CEL. ¿A ver al ministro? ¿y Petrales?

EMILIO. Quién es Petrales.

D. CEL. Pues uno... eso, Petrales, que me espera para tratar un negocio de cueros...

EMILIO. Va usted después.

D. CEL. Es que después... para.

EMILIO. Lo reclama la tranquilidad conyugal. Hágalo usted, papá...

D. CEL. Bueno. (Saldré á la una.)

EMILIO. Consiente usted al fin...

D. CEL. Cuando no hay otro remedio. Pero señor, dónde se habrá metido este coche. Tiburcia, Tiburcia.

ESCENA XII

DICHOS Y TIBURCIA.

TIBUR. Mande el señor.
D. CEL. ¿Dónde está el coche?
TIBUR. Pues se ha marchado hace media hora con el joven que vino antes.
D. CEL. Silencio, habladora. No debía usted dejarlo marchar.
EMILIO. ¿Y qué joven era ese?
TIBUR. Un...
D. CEL. Un peluquero... el mío. Vaya usted á la cocina...
TIBUR. ¿A la cocina? ¿Quiere usted un par de huevos?
D. CEL. Un par de demonios. (pellizco.)
TIBUR. Ay...
EMILIO. ¿Qué es?...
D. CEL. Que se espanta, que se espanta, váyase usted, (y el coche que se ha marchado) váyase usted ahora á pie al ministerio, en fin, marcharé en el tren de las dos.
EMILIO. Ande, papá, las horas son siglos.
D. CEL. (No lo sabes tú bien, más que eso; eternidades...) Vaya adiós. A ver como tranquilizas á Emilia.
EMILIO. Descuide usted...
D. CEL. Adiós... (iré por el Jerez...) Adiós, (y compraré pasteles...) Adiós, y que arregles el pastel; digo, no, lo otro; adiós, adiós.

ESCENA XIII

EMILIO, enseguida EMILIA

EMILIO. Al fin estoy solo. Preparémonos para dar la carga. Quiero que ésta le sirva de escarmiento para lo sucesivo. ¡Ola! aqui viene. Hagamos el distraído...

EMI. (Saliendo.) Silencio profundo. ¿Se habrá ido Emilio?
EMILIO. Todavía no.
EMI. ¡Ah!
EMILIO. ¿Te ha pasado ya el enojo?
EMI. Nunca, caballero.
EMILIO. ¿Me aborreces?
EMI. Para siempre.
EMILIO. Oh, esto es intolerable. Ven aquí, mujer inconstante.
EMI. Déjeme usted, caballero.
EMILIO. ¿Hablas en serio?
EMI. Se lo juro á usted.
EMILIO. Es que no puedo creer en tus juramentos, si hago memoria de aquéllos en que decías amarme eternamente.
EMI. Es que contaba que sería usted amable.
EMILIO. Y lo soy.
EMI. Y complaciente.
EMILIO. Y lo soy.
EMI. Y no tirano...
EMILIO. Y lo soy... No, digo, y no lo soy.
EMI. Estás insoportable.
EMILIO. ¡Eh! que te has reído... que he visto tu sonrisa debajo de tu nariz. Ven, monísima.
EMI. Déjeme usted.
EMILIO. Ven, mi alma.
EMI. Jamás, jamás y jamás. (La persigue. Aparece Tiburcia con una gran caja en la mano.)

ESCENA XIV

DICHOS Y TIBURCIA

TIBUR. Con permiso.
EMILIO. ¿Qué es eso? ¿Qué traes?
TIBUR. Esta caja que acaba de entregarme un mandadero. Pero no es para usted, sino para la señorita.
EMI. ¿Para mí? Está bien.
EMILIO. ¿Y qué es eso?
EMI. Divinos cielos... Mi *bebé*, mi *bebé*.

EMILIO. ¿Eh? ¿cómo? El *bebé*.
EMI. ¡Calle! (Con mucha galantería y mirándole con muchísimo cariño.) Y te haces el sorprendido.
EMILIO. Te juro que...
EMI. Vamos, cierra los labios. ¿Qué? Es que te escuece el confesar que has sido tú el que ha transigido en nuestra cuestión... Ven, dame un abrazo. Esta galantería, te reconcilia conmigo.
EMILIO. Te aseguro...
EMI. Nada, nada, un abrazo entre los tres y se terminó el asunto. (Quedan abrazados con la muñeca en medio. Aparece D. Celeste.)

ESCENA XV

DICHOS Y DON CELESTE

D. CEL. Bravo... Benditas sean las reconciliaciones.
EMI. Mira papá, mira que bonita es, parece de veras...
D. CEL. Ya lo creo... Mañana te pedirá sopitas.
EMILIO. (¡Ah! ya caigo, ha sido papá el que la ha mandado.)
D. CEL. Bravo, mi querido yerno, bravo. Así se hacen las cosas. Este es un golpe maestro. Una transición honrosa.
EMILIO. Pero sí usted...
D. CEL. Sí, hombre, has hecho bien; al fin y al cabo es tu mujer y hay que contentarla.
EMI. Voy enseguida á ponerme el sombrero, y á casa.
D. CEL. ¡Eso! idea sublime; á casita, á casita, hijos míos... (Y yo al tren... al tren...)
EMI. Vuelvo enseguida.

ESCENA XVI

DON CELESTE Y EMILIO

D. CEL. Muy bien, mi querido yerno. Ves cuán pronto lo has arreglado.

EMILIO Eso deseaba decirle á usted, al par que significarle mi disgusto, porque ha obrado muy de ligero.

D. CEL. ¿Pero qué dices?

EMILIO. No disimule usted. La intención es buena, pero ella ha creido de esa manera, que yo había cedido, y eso perjudica mi autoridad marital.

D. CEL. Pero hombre, ¿estás loco?

EMILIO. Sí, persista usted en querer ocultar que ha sido usted el que ha mandado el *bebé*.

D. CEL. Claro que persisto. Como que es verdad. Como que has sido tú.

EMILIO. Le juro á usted que no.

D. CEL. ¿Hablas de veras?

EMILIO. De toda formalidad.

D. CEL. Esto si que es curioso... Tú no has sido; yo tampoco... (Ah demonio, habrá sido Antonio, que enterado del asunto...)

EMILIO. Pero yo sabré quién ha sido. El *bebé*, es del bazar X; pues el bazar me lo dirá.

D. CEL. Hombre, el bazar habla...

EMILIO. Y el atrevido tendrá que cruzar una bala conmigo.

D. CEL. (¡Ay, ay! ¡qué marimorena!) Verás, quería llevarlo oculto; he sido yo...

EMILIO. No, no ha sido usted.

D. CEL. Caracoles, te digo...

EMILIO. Que no lo creo... ¡A ver! en el fondo de la cajita va un billete.

D. CEL. Un billete... La metimos.

EMILIO. Y en verso...

D. CEL. Tenorio falsificado.

EMILIO. (Leyendo.) «Salí de España»
«con rumbo á Cuba.»

D. CEL. (Cantando.) En un paquete
de Nueva York.

EMILIO. «Volví muy rico»
«te hallé perjura.»

D. CEL. Basta no sigas.
Lo he hecho yo.

EMILIO. No es verdad, qué infamia.
Vea usted *A. S.*

D. CEL. *As*. Este, as. Este acusa las cuarenta...

EMILIO. No. Antonio Sedoso... El antiguo novio de

mi mujer. Sí, ahora recuerdo haberle visto esta mañana rondando los balcones de mí casa... ¿Pero cómo ha podido saber el mise rable que mi mujer deseaba?... Oh y sabré...

ESCENA XVII

DICHOS Y EMILIA

EMI. Ya estoy dispuesta.
EMILIO. Pues dispóngase usted á morir.
EMI. ¿Vestida? Qué guasa se trae mi marido, ¿verdad papá?
D. CEL. Sí, mucha guasa, mucha.
EMILIO. Y para completarla voy á hacer añicos esta miserable muñeca.
EMI. ¿Y por qué?
EMILIO. Porque me da la gana...
D. CEL. Eso... porque le da la gana y deja que te la destroze.
EMI. No quiero... Es su regalo, y es tan preciosa...
D. CEL. Bueno... déjala... yo te compraré una mejor.
EMI. No, no, que como ésta ninguna me gustará.
EMILIO. Por eso precisamente quiero hacerla pedazos...
EMI. Qué barbaridad.
EMILIO. Qué narices, digo yo.
D. CEL. ¡Eso! qué narices, dice él... Déjalo mujer, si no será peor.
EMI. Pues no me da la gana.
D. CEL. Nada, ya lo ves, que no le da la gana... (y el tren que habrá marchado.)
EMILIO. Pues bien, ¡cojo esos versos! ¿ve usted señora esos versos? los envuelvo en una bala, y va usted luego á buscarlos en el corazón de su amante.
EMI. ¡Pero, Emilio!
D. CEL. ¡Pero, Emilio!
EMILIO. Nada me ataja. Adiós.

ESCENA XVIII

DON CELESTE Y EMILIA

EMI. ¿Pero qué lío es este?...

D. CEL. Pues ya lo ves, un lío de una muñeca. Y se va á batir... Oh, yo no puedo consentir.

EMI. A batirse... un duelo... mi marido... un duelo... un duelo...

D. CEL. No te sulfures, que los duelos con pan...

EMI. Es que no quiero que se bata porque le amo, le adoro, le idolatro.

D. CEL. A buena hora mangas verdes...

EMI. Oh, corra usted, impida usted este duelo.

D. CEL. Y dónde voy ahora sin guía ni norte... A la estación del Norte, allí... digo, no.

EMI. ¡Corra usted ó se queda usted sin hija! me suicido.

D. CEL. ¡Canastos! (Pues buena se va poniendo la cosa para marcharme...) Voy, voy... (No hay más remedio saldré en el tren de las dos.)

ESCENA XIX

EMILIA luego ANTONIO

EMI. Oh, Dios mío... que emociones... ¿Pero por qué se habrá desafíado mi marido? y ¿con quién se habrá desafíado?

ANTO. Conmigo, señora.

EMI. ¿Usted aquí, caballero? ¿Y es usted quien va á batirse con mi esposo?

ANTO. Asi dicen que lo desea.

EMI. ¿Pero por qué? ¿Qué ha hecho usted?

ANTO. Pues mandarle el *bebé* que tanto anhelaba.

EMI. ¿Usted? ¡Ah! ¡¡no ha sido él!! ¡Caballero, salga usted!...

ANTO. Señora, yo la amaba... la amo... y...

EMI. Salga usted...

(En esto, se apoya en la mesa, y su mano tropieza con la carta que ha leído del principio D. Celeste.)

¡Cielos! ¡Qué es esto! «Rompe tus cadenas.»

Dios mío... Se nublan mis ojos... «Media docena de modistas.» «Opípara cena.» Esto es una infamia. He de vengarme... A los ocho días de casado, cena con media docena de modistas...

ANTO. Señora, siento...

EMI. ¡Ah! Está usted aún aquí. Bien hecho. Venga usted, siéntese usted aquí... Ola, en esta cesta hay provisiones. Así almorzará usted conmigo.

ANTO. Pero si acabo de almorzar.

EMI. No importa. Debe usted repetir. (Prepara la mesa.)

ANTO. (Me va á dar una indigestión...)

EMI. O almuerza usted conmigo, ó no vuelve usted á verme en su vida.

ANTO. (A trueque de un cólico; no me resisto.)

EMI. Eso es... Almorzaremos y luego irá usted en busca de un coche...

ANTO. Con mil amores...

EMI. Y nos daremos unas vueltas por la Castellana.

ANTO. Magnífico.

EMI. Pero coma, coma usted más y beba, beba; choque usted. (Chocan las copas.) Lo ve usted... cuando menos se piensa salta la felicidad; choque usted...

ESCENA XX

DICHOS Y DON CELESTE

D. CEL. ¡Uy! un choque. Nada, que no puedo dar con él; dónde se habrá metido este chico.

EMI. Con las modistas.

D. CEL. Zape... Me ha suplantado. ¿Pero qué es esto? Alcese usted inmediatamente. Está devorando mis provisiones.

ANTO. Caballero, soy un convidado.

EMI. Sí, papá, lo he convidado yo...

D. CEL. ¿Y con qué derecho?

EMI. Ah, cuando tú sepas el derecho...

ANTO. Ya ve usted que...
D. CEL. Váyase usted enhoramala... Vaya un lata que es usted, hombre. Hasta en la sopa voy á encontrarlo.
ANTO. Caballero... eso de lata...
D. CEL. Que se vaya... he dicho.
EMI. Sí, vaya usted por el coche y vuelva presto.
ANTO. Al momento.
D. CEL. ¿Un coche? Pero esto es Jauja.
EMI. No se detenga usted, Antonio.
ANTO. Volando.

ESCENA XXI

DON CELESTE Y EMILIA

D. CEL. ¿Quieres explicarme qué significa todo esto? ¡Un almuerzo! ¡Un coche! ¡Un lata en mi mesa!! Si tu marido llega á saber eso.
EMI. No me hables de él, papá.
D. CEL. Estás ida...
EMI. Es un villano... Me engaña miserablemente... Sépalo usted, ¡¡¡tiene queridas!!!
D. CEL. ¿Queridas?
EMI. Media docena...
D. CEL. Atiza... será turco...
EMI. Y tengo las pruebas en mi poder... Ah, papá... cuán desgraciada me has hecho.
D. CEL. Otra vez...
EMI. Venga papel, pluma y tintero, voy á extender mi demanda de divorcio...
D. CEL. Pero hija mía, esto es el acabose.
EMI. Como que se acabó.

ESCENA XXII

DICHOS Y EMILIO

EMILIO. No lo encontré. No importa; donde lo encuentre lo pulverizo.
D. CEL. Yerno, yerno...

EMI. Es inútil que juegue usted su vida por mí, caballero... Pronto dejaré de pertenecerle.

EMILIO. ¿Por qué?

EMI. Porque voy á presentar esta demanda de divorcio hoy mismo.

D. CEL. Es preciso. Nos hemos de divorciar.

EMI. Para que quede usted libre y pueda cumplir con la *media* docena de modistas...

D. CEL. (Caracoles... También éste. Entre él y yo, docena completa...)

EMILIO. Emilia... este insulto... yo te juro...

EMI. Conque usted jura. Voy á confundirle.

D. CEL. Esto. Confúndale, confúndale...

EMI. (Leyendo.) «Mi pillín amigo. Te he tolerado que pases ocho días en tu habitual esclavitud..

D. CEL. (¡Uy!... La carta de mi amigo Petrales...)

EMI. «Y unas opíparas modistas amigas mías y amigas de la juerga... media docena...»

EMILIO. Pero esto es una infamia...

D. CEL. Esto es una juerga... digo, una infamia...

EMILIO. Y yo no sé de qué me hablas.

D. CEL. Claro, y no sabe de qué le hablas...

EMILIO. Le aseguro que estoy en Babia.

D. CEL. Lo creo... Lo creo...

EMI. Cómo, le apoyas tú, papá.

D. CEL. Sí, ahora hago de apoyo...

EMILIO. Quién firma este libelo...

D. CEL. Serán las modistas...

EMILIO. «Tu pillín amigo Petrales...»

D. CEL. Petrales, Petrales... Esta carta sé de quién es...

EMI. ¿Lo sabes tú, papá?

D. CEL. De Antonio. Recuerdo que esta mañana cuando vino á verme, la traía en la mano y la dejó olvidada aquí encima de la mesa.

EMILIO. ¡Lo ves celosa!

EMI. Mira el santurrón de Antonio. Fíese usted de los hombres, cuando hace un momento...

EMILIO. Qué, has hablado con él...

D. CEL. Ca, hombre... ca... Nada, abrazaos hijos míos, y sea este incidente, ligera nube de verano... (Recoje las botellas y arregla las cestas disponiéndose á marchar. Ellos se abrazan.) (Gracias á Dios. No hay más remedio; sal-

dré en el tren de las tres. ¡¡Cómo hallaré el arroz, Dios mío!!)

EMI. ¿Qué es lo que vas hacer, papá? ¿Acaso, no vienes á comer con nosotros?

D. CEL. Imposible... precisamente, un negocio...

EMI. Ah, pues en día tan venturoso no debemos desampararte... y pues si no quieres venir con nosotros, iremos nosotros contigo.

(D. Celeste, que trae ya en la mano la cesta, al oir esto, se le cae de las manos.)

D. CEL. (¡Caracoles!... ¡Adiós, modistas!)

EMI. ¿Verdad, Emilio? Un día tan venturoso como el de una buena reconciliación, debe pasarse al lado de los padres. Veamos, ¿dónde ibas á comer?

D. CEL. Pues al... el... il... ol... Con vosotros á tu casa. (Cojiendo á los dos y abrazándoles.)

EMI. Divinamente... á comer, y luego al teatro... Estás contento...

D. CEL. Ya lo creo, contentísimo. (¡Pero señor, qué he sacado con casar á mí hija!...)

Si es que obtengo tu perdón
público amado y amigo,
renuncio de corazón
á ser, formal te lo digo,
Sesentón Calaverón.

FIN

OBRAS PROPIEDAD DE D. BRUNO GÜELL

El duo con la sultana, zarzuela bufa. (1)

Un cien piés, zarzuela bufa. (2)

El Tío Fresco, juguete cómico-lirico.

De telón adentro, zarzuela cómlca.

Bouquet Nacional, revista cómico-lírica.

Castigo del cielo ó la muela de Julio, juguete cómico.

Bocanegra, zarzuela cómica.

Sesentón calaverón, juguete cómico.

La carabina de Ambrosio, juguete cómico.

(1) Libro solo
(2) Libro solo

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.